

ejercita mas que en eclipsar á sus vecinos, toda su alegría es excitar en los insensatos, como en ellos, la rabia del cielo de que están poseidos. ¡Pobres necios, en efecto, no piensan en que mañana quizá les será necesario dejar todos estos motivos, con que la codicia emponzoña su vida! No es, pues, á estos á quienes se aplican estas palabras: «Bienaventurados los afligidos porque ellos serán consolados,» porque sus cuidados no son de aquellos que tienen su compensacion en el cielo.

¡Qué de tormentos se ahorra, al contrario, aquel que sabe contentarse con lo que tiene, que vé sin envidia lo que no tiene, que no procura parecer mas de lo que es en sí. El es siempre rico porque si ve abajo de él en lugar de mirar arriba, encontrará siempre gentes que tienen menos aun; está calmado porque no se cria necesidades quiméricas, y la calma en medio de las tormentas de la vida, ¿no es una felicidad? (FENELON, Lyon. 1860.

La desgracia real.

24. Todo el mundo habla de la desgracia, todo el mundo la ha resentido y cree conocer su carácter múltiple. Yo, yo vengo á deciros que casi todo el mundo se equivoca, y que la desgracia real no es del todo lo que los hombres, esto es, los desgraciados, le suponen. Vosotros la veis en la miseria, en la chimenea sin fuego, en el acreedor amenazante, en la cuna vacía del ángel que sonreía, en las lágrimas, en el féretro que se sigue con la frente descubierta y el corazón hecho pedazos, en las angustias de la traición, en la desnudez que el orgullo querria vestir con la púrpura, y que se esconde apenas bajo los harapos de la vanidad; todo esto, y otras muchas cosas aun, se llaman la desgracia en el lenguaje humano. Sí, esta es la desgracia para aquellos que no ven mas que el presente; pero la verdadera desgracia está en las consecuencias de

una cosa mas que en la cosa misma. Decidme si el acontecimiento mas feliz por el momento, pero que tiene consecuencias funestas ¿no es en realidad mas desgraciado que el que causa desde luego una viva contrariedad y acaba por producir el bien? Decidme si la tempestad que rompe vuestros árboles, pero que purifica el aire, disipando los miasmas insalubres, que hubieran causado la muerte ¿no es mas bien una felicidad que una desgracia?

Para juzgar de una cosa, es necesario ver sus consecuencias; así es como para apreciar lo que es realmente desgracia ó felicidad para el hombre, es necesario transportarse mas allá de esta vida, porque en esta es donde las consecuencias se hacen sentir, supuesto que lo que el hombre llama desgracia, segun su corta vista, cesa con la vida y encuentra su compensacion en la vida futura.

Voy á revelaros la desgracia bajo una nueva forma, bajo la forma bella y florida que vosotros acogeis y deseais con todas las fuerzas de vuestras almas engañadas. La desgracia es la alegría, el placer, el ruido, la vana agitacion, la loca satisfaccion de la vanidad, que hacen secar la conciencia, que comprimen la accion del pensamiento, que aturden al hombre sobre su porvenir; la desgracia, es el opio del olvido que llamais con todas veras.

¡Esperad, vosotros los que llorais! Vosotros que reís, ¡temblad porque vuestro cuerpo está satisfecho! No se engaña á Dios; no se esquivo el destino, y la prueba es, que acreedores mas crueles que una jauría desencadenada por la miseria, acechan vuestro reposo engañador, para hundiros derepente en la agonía de la verdadera desgracia, de la que sorprende al alma debilitada por la indiferencia y el egoísmo.

¡Que el Espiritismo os ilustre, pues, y vuelva á colocar en su verdadero punto de vista la verdad y el error, tan extrañamente desfigurados por vuestra ceguedad! Entonces obrareis como bravos soldados, que lejos de huir del peligro, prefieren las luchas de los combates azarosos, á la paz que no puede darles ni gloria ni progreso.

¡Qué importa al soldado perder en la refriega sus armas, sus bagajes y sus vestidos, si prevé que saldrá de él vencedor y con gloria! ¡Qué importa al que tiene fé en el porvenir, dejar en el campo de batalla de la vida, su fortuna y su envoltura de carne, previendo que su alma entra radiosa en el celeste reino! (DELFINA DE GIRARDIN, Paris, 1861.)

La melancolía.

25. ¿Sabeis por qué una vaga tristeza se apodera algunas veces de vuestros corazones y os hace encontrar la vida tan amarga? Es que vuestro Espíritu aspira á la felicidad y á la libertad, y que remachado al cuerpo que le sirve de prision, se agota en vanos esfuerzos para salir de él. Mas viendo que son inútiles, cae en el desaliento, y sufriendo el cuerpo su influencia, la languidez, el abatimiento, y una especie de apatía se apoderan de vosotros y os encontrais desgraciados.

Creedme; resistid con energía á estas impresiones que debilitan vuestra voluntad. Estas aspiraciones á una vida mejor, son innatas al Espíritu de todos los hombres; pero no las busqueis aquí abajo, y al presente que Dios os envía sus Espíritus para instruiros de la felicidad que os reserva, esperad pacientemente al ángel de la libertad, que debe ayudaros á romper los lazos que tienen cautivo á vuestro Espíritu. Pensad que teneis que llenar durante vuestra prueba en la Tierra, una mision que no sabeis, sea dedicándoos á vuestra familia, ó sea llenando los deberes diversos que Dios os ha confiado. Y si en el curso de esta prueba, y cumpliendo vuestra tarea, veis las zozobras, las inquietudes, los disgustos, deshacerse sobre vosotros, sed fuertes y tened valor para soportarlos. Despreciadlos francamente; son de corta duracion y deben conducirlos cerca de los amigos que llorais, que

se regocijan de vuestra vuelta entre ellos, y os tenderán los brazos para conducirlos á un lugar á donde no tienen acceso los pesares de la Tierra. (FRANCISCO DE GENEVE, Bourdeaux.)

Las pruebas voluntarias. El verdadero cilicio.

26. Preguntais si es permitido dulcificar sus propias pruebas; semejante pregunta equivale á esta: ¿Es permitido á aquel que se ahoga, procurar salvarse? ¿Al que se ha clavado una espina, sacársela? ¿Al que está enfermo, llamar al médico? Las pruebas tienen por objeto ejercitar la inteligencia, así como la paciencia y la resignacion; un hombre puede nacer en una posicion penosa y difícil; precisamente para obligarlo á buscar los medios de vencer las dificultades. El mérito consiste en soportar sin murmurar las consecuencias de los males que no se pueden evitar, en perseverar en la lucha, en no desesperarse sino se obtiene resultado; mas no en una indeferencia, que seria mas bien pereza que virtud.

Esta pregunta, conduce á otra naturalmente: Supuesto que Jesus ha dicho: «Bienaventurados los afligidos,» ¿hay mérito en buscar las aficciones, agravando sus pruebas por medio de sufrimientos voluntarios? A esto responderé acertivamente: Sí, hay un gran mérito cuando los sufrimientos y las privaciones tienen por objeto el bien del prójimo, cuando se hace sacrificio por hacer caridad; pero no cuando tiene por objeto su sola persona, pues entonces es egoismo y fanatismo.

Hay aquí una gran distincion que hacer: para vosotros personalmente, contentaos con las pruebas que Dios os envía y no aumenteis la carga ya tan pesada algunas veces; aceptadlas sin murmurar y con fé, esto es todo lo que se os exige. No debilitéis vuestro cuerpo con privaciones inútiles y con maceraciones sin objeto, porque te-

neis necesidad de todas vuestras fuerzas para cumplir vuestra mision de trabajo en la Tierra. Torturar voluntariamente y martirizar vuestro cuerpo, es contravenir á la voluntad de Dios, que os da el medio de sostenerlo y fortificarlo; debilitarlo sin necesidad, es un verdadero suicidio. Usad, mas no abuseis, tal es la ley; el abuso de las mejores cosas lleva su castigo por sus inevitables consecuencias.

Muy diferente es, cuando las privaciones se imponen por aliviar al prójimo. Si vosotros sufrís el frio y el hambre por calentar y alimentar al que tiene necesidad de ello, y si vuestro cuerpo padece por esto, hé aquí el sacrificio que es bendito de Dios. Vosotros los que dejais vuestros retretes perfumados para ir al infecto tejado á llevar el consuelo; vosotros los que ensuciais vuestras manos delicadas curando las llagas; vosotros los que os privais del sueño para velar á la cabecera de un enfermo, que no es mas que vuestro hermano en Dios; vosotros, en fin, los que gastais vuestra salud en la práctica de las buenas obras, hé aquí vuestro silicio; verdadero cilicio de bendicion, porque las alegrías del mundo no han secado vuestro corazon; vosotros no os habeis adormido en el seno de las voluptuosidades enervantes de la fortuna, sino que os habeis hecho los ángeles consoladores de los pobres desheredados.

Mas vosotros los que os retirais del mundo por evitar sus seducciones y vivir en el aislamiento, ¿de qué utilidad os servirá eso en la Tierra? ¿Dónde está vuestro valor en las pruebas, supuesto que huís de la lucha y desertais del combate? Si quereis un cilicio, aplicadlo á vuestra alma y no á vuestro cuerpo; mortificad vuestro Espíritu y no vuestra carne; azotad vuestro orgullo; recibid las humillaciones sin quejaros; magullad vuestro amor propio; teneos firmes contra el dolor de la injuria y de la calumnia, mas punzantes que el dolor corporal. Hé aquí el verdadero cilicio, cuyas heridas os serán contadas, porque testificarán vuestro valor y vuestra sumision á la

voluntad de Dios. (UN ANGEL GUARDIAN. Paris, 1863).

27. *¿Debe ponerse un término á las pruebas del prójimo cuando se puede ó es necesario, pero respecto á los designios de Dios, dejarlos seguir su curso?*

Hemos dicho, y repetido muy á menudo, que vosotros estais en esta tierra de expiacion para acabar vuestras pruebas, y que todo lo que os acontece, es una consecuencia de vuestras existencias anteriores, el interés de la deuda que teneis que pagar. Pero este pensamiento provoca en ciertas personas, reflexiones que es necesario contener, porque podrian tener funestas consecuencias.

Algunos creen, que desde el momento que se está en la Tierra para expiar, es necesario que las pruebas tomen su curso. Los hay aún, que van hasta creer, que no solamente no es necesario hacer nada para atenuarlas, sino que conviene, al contrario, contribuir á hacerlas mas provechosas, haciéndolas mas vivas. Este es un grande error. Sí, vuestras pruebas deben seguir el curso que Dios les ha trazado; ¿pero conoceis este curso? ¿Sabeis hasta qué punto deben ir, y si vuestro Padre misericordioso no ha dicho al sufrimiento de tal ó cual de vuestros hermanos: «No irás mas lejos?» Sabeis si su Providencia no os ha escogido, no como un instrumento de suplicio para agravar los sufrimientos del culpable, sino como el bálsamo de consuelo que debe cicatrizar las llagas que su justicia habia abierto? No decís, cuando veis á alguno de vuestros hermanos herido: Esta es la justicia de Dios, es necesario que ella tenga su curso; sino al contrario, decís: Veamos qué medios nuestro Padre misericordioso ha puesto en mis manos para suavizar los sufrimientos de mi hermano. Veamos si mis consuelos morales, mi apoyo material y mis consejos, podrán ayudarle á pasar esta prueba con mas fuerza de paciencia y resignacion. Veamos aún, si Dios ha puesto en mis manos el medio de hacer cesar estos sufrimientos, si no me ha dado como prueba tambien á mí, como expiacion quizá, contener el mal y reemplazarlo con la paz.

Ayudaos pues, siempre en vuestras pruebas respectivas, y no os veais jamas como instrumento de tormento; este pensamiento debe chocar á todo hombre de corazon, á todo espírita particularmente, porque el espírita, antes que todo, debe comprender la extension infinita de la bondad de Dios. El espírita debe pensar que su vida entera debe ser un acto de amor y de abnegacion, que por mas cosas que haga para contrarestar los designios de Dios, su justicia seguirá su curso. Puede, pues, sin temor hacer todos sus esfuerzos por dulcificar la amargura de la expiacion, pero solo Dios puede contenerla ó prolongarla, segun lo juzgue á propósito.

¿No habria un muy grande orgullo de parte del hombre que se creyese con el derecho de volver, por decirlo así, su arma contra la herida, ó aumentar el veneno en el pecho del que sufre, con el pretexto de que ésta es su expiacion? ¡Oh! miraos siempre como un instrumento escogido para hacerla cesar. Reasumamos: Todos vosotros estais en la Tierra para expiar; pero todos, sin excepcion, debeis hacer esfuerzos para suavizar la expiacion de vuestros hermanos, segun la ley de amor y de caridad. (BERNARDINO. *Espíritu protector*, Bordeaux, 1863.)

28. *Un hombre se halla en la agonía, es presa de los mas agudos sufrimientos, se sabe que su estado es desesperado; ¿es permitido ahorrarle algunos momentos de angustia, violentando su fin?*

¿Quién, pues, os daria el derecho de prejuzgar los designios de Dios? ¿No puede conducir á un hombre al bordo de la fosa para retirarlo de ella, con el fin de que vuelva sobre sí mismo y de llevarlo á otros pensamientos? En cualquiera extremidad á que pueda llegar un moribundo, nadie puede decir con certidumbre que ha llegado su última hora. ¿La ciencia no se ha engañado nunca en sus previsiones?

Yo sé bien que hay casos que se pueden ver como desesperados; pero si no hay una esperanza fundada de una

vuelta definitiva á la vida y á la salud, ¿no hay innumerables ejemplos, de que al rendir el último suspiro el enfermo, se reanima y recobra sus facultades por algunos instantes? Pues bien, esta hora de gracia que le es acordada, puede ser para él de la mas grande importancia, porque ignorais vosotros las reflexiones que ha podido hacer su Espíritu en las convulsiones de la agonía, y qué tormentos puede ahorrar un rayo de arrepentimiento.

El materialista, que no ve mas que el cuerpo, y no hace cuenta alguna con el alma, no puede comprender estas cosas; pero el Espíritu que sabe lo que pasa mas allá de la tumba, conoce el precio del último pensamiento. Dulcificad los últimos momentos, tanto cuanto esté en vuestra mano; pero guardaos de abreviar la vida ni un solo minuto, porque este minuto puede ahorrar muchas lágrimas para el porvenir. (SAN LUIS. Paris, 1860.)

29. *El que está disgustado de la vida, pero no se la quiere quitar, ¿es culpable de buscar la muerte en un campo de batalla con el objeto de hacer útil su muerte?*

Que el hombre se dé la muerte ó se la haga dar, el fin es siempre abreviar su vida, y por consiguiente, hay suicidio de intencion si nó de hecho. El pensamiento de que su muerte le será útil de algun modo, es ilusorio; esto no es mas que un pretexto para colorar su accion y disculparla á sus propios ojos; si formalmente tenia el deseo de servir á su país, debia procurar vivir y defender su vida con este fin, y no buscar la muerte, porque una vez muerto no podia servirle de nada. La verdadera abnegacion consiste en no temer la muerte cuando se trata de ser útil, en despreciar el peligro, en hacer de antemano el sacrificio de su vida sin disgusto de ella, y esto en caso necesario; pero *la intencion premeditada* de buscar la muerte, exponiéndose á un peligro, aún para prestar un servicio, anula el mérito de la accion. (SAN LUIS. Paris 1860.)

30. *Un hombre se expone á un peligro inminente para salvar la vida á uno de sus semejantes, sabiendo*

de antemano que aun él sucumbirá. ¿Esto puede ser visto como un suicidio?

Desde luego que la intencion de buscar la muerte no existe, no hay suicidio, sino sacrificio, abnegacion. ¿Se tuvo la certidumbre de morir? pero quién puede tener esta certidumbre? ¿Quién dice que la Providencia no se reserva un medio inesperado de salud en el momento mas crítico? ¿No puede ella salvar aun al mismo que se halle en la boca de un cañon? A menudo puede querer llevar la prueba hasta su último límite, entonces una circunstancia inesperada aparta el golpe fatal. (*Idem.*)

31. *Los que aceptan sus sufrimientos con resignacion por sumision á la voluntad de Dios y con la mira de su felicidad futura, ¿no trabajan sino solo para ellos mismos y no pueden llevar sus sufrimientos por bien de otros?*

Estos sufrimientos pueden ser provechosos á otro, material y moralmente. Materialmente, si por el trabajo, las privaciones y los sacrificios que se imponen, contribuyen al bienestar material de los allegados; moralmente, por el ejemplo que dan de sumision á la voluntad de Dios. Este ejemplo del poder de la fé espírita, puede excitar á los desgraciados á la resignacion; salvarlos de la desesperacion y de sus funestas consecuencias para el porvenir. (*Idem.*)

CAPITULO VI.

EL CRISTO CONSOLADOR.

El yugo ligero.—Consolador prometido.—Instrucciones de los Espíritus.—Advenimiento del Espíritu de la verdad.

El yugo ligero.

1. Venid á mí, vosotros todos los que estais afligidos y que estais cargados, y yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazon, y vosotros encontrareis el reposo de vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera. (San Mateo, cap. XI, v. 28, 29 y 30.)

2. Todos los sufrimientos, miserias, decepciones, dolores físicos, pérdida de seres queridos, encuentran su consuelo en la fé, en el porvenir, en la confianza en la justicia de Dios, que el Cristo vino á enseñar á los hombres. Muy al contrario es para aquel que nada espera despues de esta vida, ó que duda simplemente; las aflicciones pesan sobre él con todo su peso y ninguna esperanza viene á dulcificar su amargura. Hé aquí lo que hace decir á Jesus: "Venid á mí, vosotros todos los que estáis fatigados, y yo os aliviare."

Sin embargo, Jesus pone una condicion á su asistencia y á la felicidad que promete á los afligidos; esta condicion está en la ley que enseña; su yugo es la observancia de esta ley; pero este yugo es ligero y esta ley es suave supuesto que impone por deber el amor y la caridad.